

¿QUÉ SON LOS “SANTOS”?

¿Qué es un santo? ¿Qué relevancia tiene la santidad para la vida cristiana? ¿Qué procedimiento se sigue en la Iglesia católica para reconocer la santidad de alguno de sus fieles? ¿Qué puede decirse de este procedimiento y de lo que implica? He aquí alguna de las preguntas que pueden plantearse ante los complejos procesos de beatificación y canonización propios de Iglesia católica. Procesos que, últimamente, han sido noticia para propios y extraños, sobre todo teniendo en cuenta la discutida personalidad de algunas de las personas que han merecido llegar al honor de los altares. A todas estas cuestiones da cumplida respuesta el presente artículo. En él subraya el autor cómo la santidad de Dios – sólo El puede ser considerado santo- participada por algunos fieles, se convierte en ejemplo y estímulo para quienes queremos seguir a Cristo en nuestra vida cotidiana.

Wie wird man ein Heiliger und was ist man dann? Stimmen der Zeit 127 (2002), 671-684

El fenómeno de la santidad ha fascinado, sin excepción, a todas las religiones. Los “santos” han configurado su vida en conformidad con las exigencias de su religión. Pertenecen, en general, a grupos o clases privilegiadas dentro del sistema religioso. El lector de “Cuentos hasídicos” de Martín Buber habrá advertido la ingenua e infantil devoción que los discípulos profesan a Leví Jizjaq de Berditschew o al vidente de Lublín Jacob Jizjaq, rabinos famosos. Los budistas también veneran a sus “iluminados” (*Bodhitsattvas*), llamados *lamas* en el Tíbet. El hinduismo admira a los “maestros” (*gurus*) y el Islam a los “místicos” (*sufís*).

También las diversas confesiones cristianas veneran a los santos. Los protestantes se opusieron a los abusos de la piedad popular, recibidos de la Edad Media, y condenaron las *formas* del culto a los santos. Pero nunca negaron la existencia de personas santas, ni tampoco su merecida veneración. Asegurada la singular y única mediación salvadora de Cristo, podemos y debemos honrar a los santos por su ejemplar imitación de Cristo y dar gracias a Dios por este don de la gracia. Sólo la Iglesia católica posee un secular procedimiento, centralizado en Roma, para reconocer la santidad auténtica de un fiel cristiano.

LA DEVOCIÓN A LOS SANTOS

¿Por qué suscitan un interés tan general los “santos”? Pueden existir, sin duda, razones particulares en cada religión o confesión. Pero un fenómeno tan universal nos lleva a aceptar en la naturaleza social humana una necesidad de ideales y modelos éticos. Los santos son los héroes religiosos.

Las religiones prometen vida más allá de la muerte y recompensa para el bien obrar en la tierra. De ahí la creencia común de que los hombres y mujeres que mejor vivieron su fe, gozan ahora ante Dios de especial favor y poder y pueden interceder por nosotros en las contrariedades de esta vida. Ello explica la veneración de los santos y que les pidamos beneficios espirituales o materiales.

La devoción a los santos frecuentemente se *materializa* en los recuerdos de su existencia. Son objeto de especial fervor sus restos mortales (reliquias), los objetos que les pertenecieron, los lugares donde vivieron y, naturalmente, sus sepulcros. Idéntico motivo tiene su *patrocinio*: un rasgo característico de su vida ha convertido a algunos santos en “titulares” de ciertas súplicas y profesiones. Santa Apolonia es invocada en los dolores de muelas; santa Clara, por voluntad de Pío XII, es la patrona de los profesionales de la televisión. La amiga y compañera de Francisco de Asís pudo “ver”, por especial favor divino, el entierro del Poverello, sin salir de su celda claustral. Por la misma razón los recién nacidos reciben el nombre de un “santo” patrón, las iglesias se consagran a un titular celestial y los gremios festejan el día de sus santos patronos (los mineros, el día de Santa Bárbara y los fabricantes de perfumes, el día de Sta. María Magdalena)

El factor estímulo merece también ser citado entre los motivos y causas generales del interés por los santos. Su vida heroica da ánimos a los fieles, les invita a seguir hasta el final un camino siempre difícil de las exigentes normas y mandatos de la religión. Los santos lo han conseguido: fueron humanos como tú y como yo; fueron casi siempre pecadores como todos nosotros. A pesar de ello, son ya signos radiantes de la misericordia divina.

Todo ello es aplicable al culto de los santos cristianos. Nos interesa profundizar el tema para conocer más y mejor 1) los rasgos del “santo”, desde el punto de vista cristiano; 2) el proceso de canonización en la historia de la Iglesia católica y 3) las características de la santidad cristiana. No nos guía un interés teórico, sino la actualidad del asunto.

INFLACIÓN DE CANONIZACIONES

Antes de iniciar el tema indiquemos que llama la atención el crecido número de canonizaciones a partir de 1978, inicio del pontificado de Juan Pablo II. Antes, una beatificación o una canonización era un hecho extraordinario. La primera canonización papal (la del obispo Ulrich de Augsburgo) tuvo lugar el año 993. En los 983 años siguientes (hasta 1978) los papas concedieron el honor de los altares a 1553 cristianos y cristianas (1260 beatos y 293 santos). Menos de dos por año. En los pocos meses del recién iniciado siglo XXI (hasta octubre del 2002) han tenido lugar no menos de 59 beatificaciones y 53 canonizaciones. Estas 112 Causas superan el total de todo un siglo. Se trata de una clara *inflación*. En la mayoría de los casos se trata de personas perfectamente desconocidas fuera de su estrecho círculo de relaciones.

En otros casos, el papa ha canonizado a personas discutidas, lo cual nunca había ocurrido anteriormente. Nos referimos en concreto a la beatificación del papa Pío IX (3 setiembre 2000) y a las canonizaciones del capuchino Pío de Pietralcina (16 junio 2002) y del fundador del Opus Dei Josemaría Escrivá de Balaguer (6 octubre 2002). Ahora son noticia ante la opinión pública tanto la nueva praxis de la congregación para las causas de los santos como los curiales que se encargan de todo este procedimiento. Hace unos veinticinco años, las autoridades a quienes incumbían las causas de santos eran consideradas personas que habían sido poco eficaces en otros asuntos.

LA SANTIDAD PERSONAL

La palabra “santo” aparece en el diccionario con gran variedad de significados. Tiene valor sustantivo o adjetivo; puede a veces ser sinónimo de “sagrado”. Se habla y escribe de: ira santa, santa candidez, guerra santa, santa alianza, Espíritu Santo, santa túnica (de Cristo, en Tréveris), ciudad santa, Santa

Sede, Santo Padre, santa Teresa, Tierra santa, etcétera. ¿Qué tienen de común el Espíritu Santo y una guerra santa? o ¿en qué se parecen una santa candidez y la santa túnica?

En todos estos ejemplos, la palabra “santo” tiene un sentido analógico. Se trata de cosas santas por su mayor o menor relación con un *analogatum princeps*. Dios es el Santo. “*Santo, santo, santo es el Señor*” cantamos con los ángeles y santos al final del prefacio. En la visión de Isaías (Is 6,3) los serafines alababan al “tres veces santo”, a Yahvé, el Dios absolutamente santo. Dios es santo en sí mismo y sin relación a otra persona o cosa. La santidad es un atributo divino que no puede describirse. Todo lo que se refiere a Dios es santo. Lo que no es Dios no es santo.

No se agota aquí el rico contenido bíblico de la santidad. En Isaías (cf. 1,4; 5,19; 30,11) leemos 25 veces la expresión EL SANTO DE ISRAEL. Se alude así a una cierta conexión entre Yahvé y su pueblo Israel, propio del judaísmo primero y del cristianismo después. La santidad de Dios no depende de nada, es absoluta, pero El la ha querido compartir con sus criaturas. Desde el punto de vista bíblico, se habla de *alianza*. Esta divina solidaridad con los humanos permite afirmar que cuanto entra en relación con Dios puede llamarse *santo*, bien que en un momento posterior y como algo derivado del *analogatum princeps*.

La idea se amplía aún en el NT desde el punto de vista cristológico. Jesús es EL SANTO DE DIOS (Mc 1,24; Lc 4,34); tan exclusivamente santo como lo era Yahvé en Isaías. Desde el punto de vista eclesiológico, también los seguidores de Jesús, los cristianos, son llamados santos (1 Ts 4, 3; Rm 6,19; 1 P 2,9). Pablo lo repite al inicio de algunas de sus cartas (Rm 1,7; 1 Co 1,2). Por tanto, desde el punto de vista bíblico, nada es santo *fuera de Dios*, pero *en Dios* todo lo es.

Así puede hablarse de vasos santos, de ira santa. Siendo Dios una persona, la santidad conviene de forma derivada a las personas que tienen una particular relación con Dios. Según Pablo, la santidad es propia de todo aquel que, por el bautismo, se incorpora a la comunidad cristiana. Lo cual no implica un componente ético. Los corintios (y nosotros) debemos agradecer a Pablo la epístola porque no eran dechados de virtud. En primer lugar, el apóstol (1 Co 1,2) saluda cordialmente. Luego añade (v. 10): “os exhorto...”. Lo cual era necesario, pues “hay riñas entre vosotros” (v.11) y otros vicios. Pero, gracias a Dios, también hay cristianos que se toman muy en serio el seguimiento de Cristo, el *Santo de Dios*. Éstos se merecen de manera especial el atributo de santos.

Merecen el nombre de “santos”, en primer lugar, aquellos cristianos que han configurado plenamente su vida con la de Cristo. Nos referimos a los *mártires*. Esteban fue el primero. Su historia nos es narrada en paralelo a la de la pasión del Señor: como Cristo, hace milagros, predica de forma convincente, se opone a las clases dirigentes. Su martirio recorre los tres pasos de la pasión del Señor (cf. Hch. 6 y 7): prisión, testimonio de fe y muerte violenta. En Esteban nos encontramos con el sumo sacerdote, aunque con ropaje distinto.

A los mártires se asemejaron pronto los *confesores* quienes, por amor a Cristo, sufrieron condena, cárcel y torturas sin llegar a la pena capital. Cuando, en el siglo IV, el cristianismo deviene religión del Estado, ya no se dan persecuciones sangrientas. Entonces surgen en la Iglesia cristianos que viven tan austeramente su fe que merecen ser llamados “mártires blancos”. Son los monjes y las vírgenes, los ascetas, los ermitaños y los anacoretas. A todos ellos se les reconoce una particular santidad.

Ya en la Edad Media la Iglesia admiró y veneró la santidad de aquellos cristianos que vivían el Evangelio de forma poco común (obispos, misioneros, teólogos, miembros de ordenes de caballería). El santo es ahora un héroe moral.

Y, puesto que al final de la época antigua del cristianismo, se había infiltrado en el cristianismo un cierto dualismo, caracterizado por la oposición al cuerpo, se privilegió la perfecta continencia y castidad. En 1320 santo Tomas de Cantilupe fue canonizado porque amaba tanto la castidad (no así la limpieza) que ni aseaba su cuerpo ni se atrevía a abrazar a sus hermanas. El único laico canonizado en el siglo XIV fue san Eleazar de Sabrau (27 de septiembre) quien, en veinticinco años de convivencia matrimonial, no consumó nunca su matrimonio. Con estos ejemplos puede entenderse fácilmente el motivo por el que la Iglesia ha canonizado tan pocos laicos y, menos aún, a mujeres casadas.

En el misal existen los llamados “textos comunes”, formularios para las fiestas de santos y santas sin texto propio. Antes de la reforma conciliar, el último grupo lo formaban santos que no eran ni vírgenes ni mártires. El actual misal tampoco está demasiado inspirado: después de las misas marianas, hay formularios para mártires, pastores, doctores, vírgenes y para hombres santos y mujeres santas. ¿Es que los doctores de la Iglesia no son *hombres* santos? Y las vírgenes ¿no son *mujeres*? Naturalmente, aquí se refieren a los cónyuges.

EL LARGO CAMINO HACIA EL RECONOCIMIENTO DE LA SANTIDAD

¿Quién es santo? Mientras la pregunta se queda en el nivel de principio puede dársele una fácil respuesta. Más difícil respuesta tiene la pregunta: ¿es santo *este* cristiano, entendido individualmente? ¿Cómo puede ser reconocido como tal? Tenemos que referirnos al complejo proceso de la canonización. “Canonizar” significa inscribir a alguien en la lista de personas santas, en sentido bíblico. El santo canonizado merece culto litúrgico. Se le asigna un día en el calendario, se hace memoria de él en la liturgia de las horas y en la celebración eucarística. Puede también ser declarado patrono de una iglesia y recibir veneración privada por parte de los fieles.

¿Cómo se llega, de hecho, a ser *santo reconocido* en la Iglesia católica? La Iglesia ha desarrollado un procedimiento singular para ello que ha sufrido considerables cambios a lo largo del tiempo. El procedimiento actual es relativamente reciente y se remonta al año 1983, habiendo sido promulgado por Juan Pablo II.

Se habla de *santos* y de *beatos*. Según el código de derecho canónico de 1917, la beatificación tiene como consecuencia que la persona beatificada sólo puede ser venerada en una diócesis determinada o en una determinada congregación religiosa. La *canonización*, por el contrario, permitía la veneración por parte de la Iglesia universal. La nueva reglamentación ya no conoce esta distinción. El momento decisivo es el de la beatificación. Alcanzada ésta, el siguiente paso es casi automático. Sólo se pide un milagro por la intercesión de la persona en cuestión.

En los cuatro primeros siglos la santidad se reconocía a partir de la veneración de los fieles a una determinada persona. La vida entregada de ésta, su conversión heroica, sus milagros, el hecho de ser invocada, etc., le garantizaban el respeto de la comunidad. El testimonio, el milagro y la veneración tienen todavía importancia para el procedimiento de la canonización.

A partir del siglo V creció el control de los obispos sobre la veneración de los santos, mediante la verificación del género de vida de los candidatos. Se aprovechaban los sínodos regionales para la proclamación solemne de los nuevos santos. Para dar una mayor solemnidad y mayor peso, se acudía a veces al obispo de Roma. La primera canonización papal tuvo lugar en 993. La intervención del Papa en las canonizaciones no se consideraba necesaria. La reclamó para sí Alejandro III, con su decretal *Audivimus* (del año 1171 ó 1172).

Sin embargo, los obispos no se atuvieron a ella de inmediato. Sólo se aceptó de manera definitiva el derecho exclusivo del papa a partir de la erección de la congregación de los ritos por Sixto V en 1588. El papa Urbano VIII modificó significativamente en 1642 el ordenamiento tradicional. Desde entonces, las causas de canonización deberían asemejarse a un proceso civil con fiscal (el famoso *abogado del diablo*), defensor y juez. Condición para la introducción de la causa es la *no* veneración por parte del pueblo.

La legislación de 1917, promulgada conjuntamente con el código de derecho canónico, establecía dos fases en los procesos de canonización: la inicial diocesana y la romana. La congregación de ritos repetía gran parte del trabajo realizado por el Ordinario. Las causas duraban en exceso y no siempre conducían a la verdad histórica sino a estériles sutilezas jurídicas entre el promotor y el postulador. Los costes aumentaban en proporción a su duración. Por todo ello, Pablo VI intentó una reforma. Sus deseos se redujeron a convertir la segunda sección de la congregación de ritos en un dicasterio independiente, la sagrada congregación para las causas de los santos. La constitución apostólica *Divinus perfectionis Magister*, de Juan Pablo II, publicada el 25 de enero de 1983, el mismo día de la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico, reglamentaba de nuevo todo el proceso. En 1983 apareció también el “Regolamento”, es decir, el modo de proceder.

Sigue en pie el modelo de la doble fase (procedimiento diocesano y procedimiento romano). Según la eclesiología episcopal del Vaticano II, el obispo correspondiente tiene el derecho de abrir un proceso. Además, se le ha quitado el carácter de proceso al procedimiento, dando más importancia a las consideraciones históricas que se refieren al candidato propuesto.

La *primera fase* de un proceso normal tiene lugar así: 1. un fiel, o un grupo de fieles (una orden religiosa, por ejemplo) toma la iniciativa de hacer llegar al honor de los altares a una persona fallecida: el “actor causae”.

2. Este encarga al “postulador” la ejecución del proceso. El postulador se ocupa de la vida y obra del candidato o candidata.

3. Se presenta el caso al obispo correspondiente (normalmente, obispo del lugar donde murió el candidato). Si se trata de un milagro, le corresponde al ordinario del lugar en el que dicho milagro tuvo lugar. El obispo puede delegar.

4. Se introduce la figura del “promotor iustitiae”, con funciones de fiscal. Ha de tener presente el bien de la Iglesia, comprobar los planteamientos del postulador y escuchar testigos.

5. Son necesarios también el notario y algunos especialistas.

Si el obispo opina que la causa puede llegar a buen término, informa a la Santa Sede. Si ésta no tiene reparos (por ejemplo, sobre su oportunidad), se abre formalmente la causa. Se escucha a testimonios directos o indirectos, se estudian los escritos del candidato y las actas que sobre él pueda haber, se constata la inexistencia de culto (en el sentido de Urbano III) y se reconocen oficialmente los restos mortales del candidato. De todo ello se levantan los debidos protocolos y se traduce toda la documentación a una de las lenguas aceptadas por la Congregación (latín, italiano, español y francés). Se envía todo esto a Roma, no por correo, sino normalmente a través del mismo procurador de la causa.

La *segunda fase* del proceso es ya competencia de la congregación romana. Los principales pasos son:

1. El “relator” redacta la “positio” (biografía y datos importantes sobre la obra y la persona del candidato, los documentos de que se dispone y los protocolos de los testigos).

2. El “praelatus theologus” (antiguo promotor de la fe o abogado del diablo) recibe la causa y encomienda su estudio a los consultores (seis teólogos).

3. Si el voto es positivo, el prelado teólogo presenta toda la documentación a la aprobación de la congregación en sentido estricto. Se trata de un grupo de cardenales y obispos nombrados para el caso. El secretario de la congregación entrega un informe al papa.

4. La congregación emite un decreto sobre las “virtudes heroicas del candidato” que, a partir de ahora, será “siervo (sierva) de Dios”. Le corresponde el título de “venerable”.

Para la solemne beatificación se necesita, al menos, un milagro y la *fama signorum* del candidato. Para la canonización se necesita un segundo milagro, posterior a la beatificación. En las causas de mártires se prescinde de ellos. El papa puede aceptar esta exigencia o no.

Superados los obstáculos, la congregación presenta la causa al papa. Sólo él puede emitir un juicio sobre el proceso ulterior. La beatificación y la canonización son actos papales. Si el papa decide que el proceso ha de acabarse en sentido positivo, se fija una fecha para la celebración.

He aquí algunas preguntas que suscita todo este proceso:

1. En primer lugar, las causas duran aún demasiado, por falta de personal competente.

2. Además, la mayoría de santos canonizados parecen interesar poco a los fieles, cuando uno de los fines del proceso es presentar la santidad ejemplar de los santos.

3. En tercer lugar, los nuevos santos raramente pertenecen al laicado, el grupo más numeroso de miembros de la Iglesia. Faltan, en particular, modelos de casados, y especialmente esposas santas. Los cristianos de hoy en día no tienen mucho interés en religiosos de antaño.

4. A esto se añade que los costes de un proceso son demasiado elevados. Una congregación o una orden religiosa pueden permitirse el pago de todo este proceso, pero no un obispo, y mucho menos una sencilla familia. Además, algunas congregaciones religiosas como los “Hermanitos (as) de Jesús”, de Carlos de Foucauld, han renunciado por principio a costearse una causa de canonización.

5. También el factor *precedencia* es causa de malestar. Al ingresar en la congregación cada causa recibe rigurosamente un número de protocolo. Pero tanto la congregación como el mismo papa pueden promocionar una causa o congelarla. Los motivos no son siempre bien comprendidos. Canonizar un determinado santo conlleva un significado “político”. ¿Se trata de motivos reales y objetivos o su actualidad depende del juicio de Roma? Ahí radica el disgusto de muchos fieles cristianos por la canonización del P. Pío y Josemaría Escrivá. Su conducta personal en vida y el posterior comportamiento de sus seguidores no han dejado de levantar sospechas. El Vaticano se había mantenido largo tiempo muy cauto con el estigmatizado del Sur de Italia. Igualmente la teología de Escrivá, así como la estructura, los fines y muchos de los rasgos característicos del “Opus Dei”, no dejan de suscitar algunas dudas. Se reprocha al Vaticano haber interpretado demasiado liberalmente sus propias normas.

6. Hasta ahora ha habido un exceso de representación de santos de tres áreas culturales: italianos, españoles y franceses llegaban al honor de los altares antes que los alemanes. Juan Pablo II ha igualado en este sentido el número de causas. Sus beatificaciones y canonizaciones quieren honrar los testigos de la fe en todas las iglesias locales. La congregación para las causas de los santos, por su parte, intenta agilizar las causas de cristianos laicos.

SANTIDAD EN EL CRISTIANISMO

La canonización es un proceso canónico que ratifica la ejemplaridad de una vida cristiana, consumada a veces con el martirio a causa de la fe o notoriamente marcada por el ejercicio de las virtudes morales (virtudes heroicas). El juicio del papa confirma que estos santos gozan eternamente de la comunión de vida con Dios. Con ello quedan claros los límites y el significado de este proceso. He aquí sus principales limitaciones:

1. El juicio papal tiene carácter “aseverativo”, no “exclusivo”; afirma que un santo vive en la eternidad divina. No afirma, en cambio, que sólo las personas canonizadas están en el cielo. La memoria litúrgica de los santos canonizados (prescindiendo de los santos bíblicos) se celebra, propiamente, el día de *Todos los Santos*, el primero de noviembre. El papa sólo quiere resaltar un rasgo de la persona canonizada y mostrarlo como ejemplo a los creyentes.

2. Se trata de un juicio que “permite”, no “obliga”. Permite venerar e invocar a un santo o a una santa. Pero no obliga a sentir o manifestar devoción, por ejemplo, al Padre Pío o a san Atilano Cruz Alvarado (canonizado el 21 de mayo del 2000). Nadie tiene obligación de profesar veneración a un determinado santo, y menos aún a su peculiar manera de “ser cristiano”. Ninguna declaración papal ha cambiado la norma del concilio de Trento, dirigido a quienes consideraban anticristiano el culto a los santos, según la cual es “bueno y útil” invocar a los santos, subrayando, sin embargo, y sobre todo, la necesidad de honrar a Cristo y dirigirle nuestras oraciones.

3. La declaración papal es “escatológica”, no histórica”. Afirma que el santo y la santa, una vez acabada su vida terrena, ha alcanzado la gloria celestial. No afirma que todas sus actuaciones u omisiones fueran buenas, cristianas y correctas. Los santos (a excepción de María) han sido pecadores. Su obrar fue humano, demasiado humano. Incurrieron en los errores de su tiempo. Su horizonte teológico era limitado. El honor que la Iglesia tributa a los santos no se extiende tampoco a sus escritos (que la crítica puede considerar mediocres o malos), ni a sus instituciones y fundaciones. Por esto la canonización del Marqués de Peralta, Josemaría Escrivá no sustrae a la crítica ni los aforismos de *Camino* ni al “Opus Dei”.

¿Qué significado tiene una canonización? El culto a los santos está expuesto a determinados abusos (superstición, milagrería, cosificación de la fe con toda la cuestión de las reliquias...). A ello se añade en el cristianismo el peligro de una blasfemia cristológica, al atribuir a los santos un poder superior a Jesús. Diversas declaraciones papales y el mismo decreto del concilio de Trento previenen de desviaciones erróneas. El momento racional de la religión cristiana se preserva con ello.

Desde el punto de vista *antropológico*, cada beatificación y canonización pone de manifiesto que la gracia de Dios es viva y sigue actuando en la Iglesia de Cristo (y más allá de ella, en la medida en que se da una verdadera santidad fuera de sus fronteras). Desde el punto de vista cristiano, la santidad no es fruto del esfuerzo humano, sino el resultado de la gracia, ofrecida amorosamente por Dios a los hombres y de la aceptación, por parte de éstos, del amor de Dios desde la actitud de la pura fe. Dice el prefacio de los santos: “El coro de los santos proclama tu gracia, pues en la coronación de tus siervos coronas la obra de tu gracia”.

Dios ofrece su gracia a todos. Esta gracia la ofrece sacramentalmente con toda seguridad a los bautizados. De ahí se sigue la vocación universal a la santidad y especialmente de los cristianos (cf. el capítulo quinto de la *Lumen Gentium*). Los símbolos de la fe hablan de la “Iglesia santa”. La Iglesia no es fin en sí misma, sino “sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Por tanto, la santidad de sus miembros hace real el amor a Dios y al prójimo. Con ello también se procura el

bienestar de la sociedad humana y se promociona la misma humanidad en el mundo (cf. LG 41).

El santo es la persona más propia y auténticamente humana. De forma definitiva, se parece a Cristo, está lleno de Cristo y místicamente unido a Él. Cristo es el Dios hecho hombre, el hombre unido hipostáticamente con Dios, el hombre *humano por definición*. En la medida en la que alguien está en comunión con Cristo es santo y, en consecuencia, vive lo humano con todas sus fuerzas.

La canonización nos recuerda que los santos han existido a lo largo de todos los siglos y en todos los contextos vitales que podamos imaginar: hombres y mujeres, niños y ancianos, mendigos y emperadores, teólogos y analfabetos. Pertenecen a aquellas formas de acción pastoral que no son necesarias, pero sí sumamente útiles. Los santos nos dan alegría: es bueno pertenecer a una Iglesia en la que hay estas personas. Los santos nos animan: ser cristiano es algo prometedor y humano. Los santos nos abren el camino a Dios: no son personas prodigiosas, son como nosotros, pero tienen más clara la meta a la que se dirigen. Por esto podemos confiar en ellos.

Tradujo y condensó: **Francesc Casañas i Galofré**